

Borat: un kazakhstani que muestra la otra cara de los gringos

MARTHA BÁTIZ ZUK

Cuando una película hace que uno se ría de nuevo hasta las lágrimas varias horas después de haberla visto, algo debe de tener que sea bueno. Es el caso de la que me ocupa hoy, y que se acaba de estrenar en Canadá: “:”, protagonizada por el cómico británico Sacha Baron Cohen en el papel de *Borat*. Esta cinta pretende ser un documental realizado por un reportero de Kazakhstan que viaja a los Estados Unidos para aprender de su modo “civilizado” de vida y llevar sus *nuevos conocimientos* a su país de origen. Borat es un personaje que se hizo famoso en la televisión, y que en Canadá vimos hace poco en el noticiero, precisamente porque durante una de sus filmaciones tuvo un altercado con la policía estadounidense, y los funcionarios de la Embajada de Kazakhstan, que no se sienten nada felices con el retrato que este personaje está haciendo de su país a nivel mundial.

Kazakhstan es una de las ex Repúblicas Soviéticas; tiene frontera con Rusia, China, y los países centroasiáticos de Kyrgyzstan, Uzbekistán y Turkmenistán, además de un litoral en el mar Caspio. A nivel masivo y popular

poco se sabe en Occidente sobre este país –exportador de diamantes y potasio, entre otras cosas–, y de esto se ha aprovechado Baron Cohen para hacer su agusto como *Borat*. Lo primero que tengo que decir, como advertencia sobre esta película, es que es perfecta para aquellos de nosotros que no creemos en la corrección política y que somos tolerantes ante un sentido del humor pesado: es decir, quienes consideren que es impropio hacer chistes machistas o racistas, o no soportarían ver a un hombre obeso desnudo corriendo por el pasillo de un hotel, deben abstenerse de verla porque no la van a disfrutar. Parte del secreto del éxito de Borat es que su humor tiene ciertos tintes adolescentes que se explotan al máximo, para delicia absoluta del público con acné facial, pero un poco excesivo para los mayores, especialmente si son de tinte conservador. Sin embargo, si uno aguanta, puede ver que la película es realmente muy buena. ¿Por qué? Porque Borat hace algo similar a Michael Moore: una crítica despiadada de la cultura y la vida gringas dejando que ellas hablen y se muestren por sí mismas, pero en un tono de burla constante, de mofa desfachatada, y al mismo tiempo muestra el otro lado: cómo aquellas personas que caerían dentro del estereotipo de lo que se considera inaceptable o peligroso, son en realidad mejores de lo que parecen (y los que parecen buenos no lo son tanto).

Borat llega a Nueva York con su amigo productor, un camarógrafo que nunca vemos, y... una gallina. En realidad el Kazakhstan que pinta podría ser cualquier pueblo tercermundista, a propósito incivilizado al límite de causar risa. El machismo es rampante. Todos se ríen o se burlan de las personas con "capacidades diferentes". Las casas se están cayendo y en cada una vive cualquier cantidad de gente. Obviamente Estados Unidos es muy diferente para Borat, quien primero piensa quedarse solamente en Nueva York, pero al descubrir que el nuevo amor de su vida vive en California, decide hacer un viaje a través de todo el país para buscarla. Las escenas absurdas se suceden una a la otra y uno pasa de la risa a la carcajada al horror a medida que su viaje avanza.

Baron Cohen se hizo pasar por Borat en todos los lugares donde filmó en el camino, y grabó con su cámara a la gente con sus reacciones verdaderas, como cual-

quier documentalista. Es decir, esta película es una hora y media de algo así como "cámara escondida" llevada hasta sus últimas consecuencias. El protagonista tiene sus fobias: es antisemita, machista, y lo primero que pregunta cuando va a comprar un coche en Estados Unidos es si sirve para atropellar gitanos y a qué velocidad debe ir para asegurarse de matarlos a todos. El humor, como dije, es muy negro y no para cualquiera. Pero al manifestar él sus fobias abiertamente invita a que los demás dejen ver los prejuicios que llevan dentro, y entonces lo mejor son las respuestas que obtiene de la gente, la franqueza con la que se despojan de la máscara de la corrección política y la civilidad. En una de las mejores escenas en un rodeo texano, el público aplaude a rabiar cuando Borat pide apoyo para las tropas en Irak, y luego cambia su discurso a que "Bush beba la sangre de todos los hombres, mujeres y niños iraquíes" -aplau-



Luis Garzón

sos- y “en su desierto no pueda vivir ni una miserable lagartija en los próximos cincuenta años” –aplausos, con cara de confusión, pero aplausos igual. Esta reacción, además de la que obtiene de un rancharo homofóbico, dan pavor. Y no están actuadas.

En su entrevista con unas mujeres neoyorkinas de una prestigiosa asociación feminista, sus comentarios machistas le valieron que lo dejaran hablando solo. Hoy leí en el diario local que una de las damas que aparece en esa escena supo hasta después que se trataba de un cómico británico posando como documentalista, y que todo era para la película, y de todas maneras seguía indignada, diciendo que entonces le habría gustado hablar con Baron Cohen y no con *Borat*. Antisemita como es su personaje, a lo largo de la cinta en su encuentro con una pareja judía lo que sale a relucir es que la necedad de Borat y sus propios prejuicios tan arraigados le impiden ver la generosidad de sus anfitriones, que sí es evidente para los espectadores. O sea, punto bueno para la pareja judía, punto malo para Borat: una muestra transparente de la ceguera-estupidez que causan los prejuicios generalizados que impiden apreciar la individualidad y la calidad humanas (algo que los gringos, en su islamofobia, no estaría mal que aprendieran). El clímax del horror se da cuando Borat aparece en una de estas iglesias cristianas donde los fanáticos protestantes se congregan a rezar cantando y colapsarse de la emoción –o del exorcismo. Borat escucha el discurso enfebrecido de un congresista estadounidense, miembro de esta iglesia, y de un miembro de la Corte, que tampoco son actuados. Está muy bien logrado el paralelismo entre las fobias y las necesidades de Borat y las obsesiones de estos fanáticos: cada uno con sus peculiaridades, son igual de repulsivos. Los ciudadanos que salen mejor librados de su encuentro con Borat no son los que se jactan de sus buenas maneras o de su alta educación, sino en gene-

ral la gente de las clases trabajadoras, especialmente los afroamericanos, que contradicen el estereotipo de agresión y peligrosidad que comúnmente se maneja de ellos en los medios, y se muestran como seres abiertos y receptivos de los que Borat, no sé si en reciprocidad, no se burla con saña.

Ahora bien, cabe aclarar que la película no es una joya cinematográfica, ni digna de un Óscar ni nada por el estilo. Lo más seguro es que cause problemas legales a Baron Cohen por sus visiones racistas: un grupo de apoyo a los gitanos Sinti y Roma ya alzó una protesta en su contra por presentar a Borat como un “ex cazador de gitanos”, y por violar leyes contra la discriminación. Oficiales de Kazakhstan también amenazan con demandarlo por difamación ante la manera en que retrata al país y a su gente, aunque quienes están del lado de Borat opinan que el gobierno de esta ex República Soviética, y todas las personas que critican la película, en realidad están en contra de la libertad de expresión que hay en Occidente. Habrá que ver quién más se queja y qué sucede a raíz del éxito de taquilla que la cinta seguramente tendrá.

Prejuicios aparte, la película tiene muchas escenas que hacen que duela el estómago de tanto reírse (por ejemplo, cuando entrevistan a Borat en un canal local de televisión, y eso que no he mencionado al oso), y lo mejor viene al mero final: cuando Borat por fin cumple su sueño de declararse al estilo *kazakhstan* ante su amada (¿ya dije que su amada es Pamela Anderson? Imagínense). Esa escena por sí misma vale toda la película.

Hay que ir con la mente muy abierta, en sintonía medianamente adolescente, pero con los ojos bien abiertos para detectar la manera en que las personas comunes y corrientes que se topan con Borat resultan ser igual de nefastos, o peores, que él. Y ahí lo grave es que Borat es un personaje ficticio: los demás son ciudadanos norteamericanos. *Scary.* 🍻